

# Adiós a George W. Bush

LA VANGUARDIA, Editorial, 3.11.08

MAÑANA, martes, los ciudadanos estadounidenses decidirán quién deberá presidir su país durante los próximos cuatro años. Habrá concluido la emocionante carrera hacia la Casa Blanca, y el vencedor en las urnas, el demócrata Barack Obama o el republicano John McCain, tendrá en sus manos el destino de la primera potencia mundial. Es, pues, el momento de evaluar los ocho años de presidencia de George Walker Bush, una figura polémica desde el primer momento en que accedió al cargo, en el año 2000, tras unas elecciones con graves irregularidades en el recuento en el estado de Florida. Recordemos que, finalmente, fue el Tribunal Supremo quien dio la victoria al candidato del Partido Republicano en detrimento del demócrata Al Gore, que había logrado más votos populares. Cuatro años más tarde, en el 2004 y tras los ataques terroristas del 11-S y la decisión de invadir Iraq, Bush consiguió un apoyo electoral mucho más amplio, abanderando la llamada "guerra contra el terror" y apoyado por una movilización especial de las bases conservadoras vinculadas a la derecha cristiana.

El hijo del presidente George W. H. Bush, el que ganó la primera guerra del Golfo pero perdió los comicios ante Bill Clinton a causa de la economía, ha representado una etapa de la política estadounidense marcada por el decisivo peso ideológico de los neoconservadores, impulsores de una síntesis peculiar entre políticas económicas ultraliberales, potenciación de valores tradicionales y religiosos muy arraigados en amplios segmentos e intento de rearmar una nueva hegemonía mundial a partir de la exportación de la democracia mediante el uso de la fuerza militar.

La emergencia del terrorismo islamista internacional como amenaza real a gran escala dio alas a los postulados de los ideólogos neocon de la Casa Blanca y permitió trazar una raya divisoria simplificadora que, bajo la retórica del llamado eje del mal, agudizó el unilateralismo de la Administración Bush. Siguiendo las tesis elaboradas por los think tanks más conservadores a la luz del fin de la guerra fría, Bush y sus asesores optaron por remover las piezas del tablero geopolítico para lograr una posición de ventaja. La elección de Iraq para promover un cambio supuestamente democratizador y en cadena en Oriente Medio tuvo como argumento central la existencia de armas de destrucción masiva en manos del régimen de Sadam Husein, extremo que se reveló falso. Este factor de descrédito, más los cálculos erróneos sobre la duración y los costes de una invasión plagada de imprevisiones, ha convertido la gran apuesta de Bush en el fracaso más estrepitoso de sus ocho años. Su sucesor en la Casa Blanca deberá administrar con tiento la progresiva retirada de las tropas en Iraq, así como la discutida existencia del campo de prisioneros de Guantánamo (fuera de toda jurisdicción) o la polémica legislación antiterrorista conocida como Patriot Act. Las relaciones con la Unión Europea también se han visto alteradas, mientras que Bush puede presentar como éxito el afianzamiento de la colaboración con India, China y Brasil.

En el ámbito interior, el legado de Bush vendrá marcado por la gran crisis financiera que explotó el mes de septiembre. Sus niveles de popularidad son hoy bajísimos, por debajo de los cosechados por los presidentes Nixon o Carter. La paradoja es que una Administración que ha sido impulsora de la desregulación más confiada en la mano invisible del mercado se ha visto, finalmente, capitaneando el millonario rescate

público de los principales bancos y aseguradoras, con el objetivo de evitar el colapso de todo el sistema. Pero ya antes de que la crisis tocara fondo, los datos eran poco halagüeños: la deuda nacional ha aumentado bajo la presidencia de Bush en torno al 70%, con un déficit de 490.000 millones de dólares para el presente ejercicio y el crecimiento del paro más espectacular en los últimos 22 años. El aumento del precio de la gasolina y la caída del salario medio semanal en 3,55 dólares ha creado gran preocupación, a lo que se suman los efectos imprevistos de la crisis de las hipotecas subprime, el parón de la construcción, el deterioro de las infraestructuras civiles y los casi 40 millones de personas que viven por debajo del umbral de la pobreza.

Además de combatir el debilitamiento político, militar y económico del país, el nuevo inquilino de la Casa Blanca estará obligado a reconstruir pacientemente el prestigio y la autoridad de la gran potencia democrática ante la comunidad internacional, un valioso capital moral que Bush olvidó al tomar sus decisiones.